

LAURA RIÑÓN SIRERA

El sonido de un tren en la noche



Clementina tenía los renglones de su historia escritos antes de nacer, y su vida se auguraba feliz, afortunada y privilegiada. Nacida en el seno de una familia de la nobleza madrileña, fue una niña alegre desde su nacimiento. Pero su abuela, La Rencorosa, ya lo advirtió a su entorno cuando oía comentarios sobre lo poco que lloraba la pequeña, «lo que no llore ahora, lo llorará cuando sea mayor», gruñía entre dientes. Apenas había cumplido los dieciséis años, cuando la vida que su entorno había planeado para ella se vio truncada por los caprichos del destino, y su única salvación fue la huida. Comienza entonces a escribir el primer capítulo de su segunda vida, ya convertida en otra persona. Una historia de búsqueda y de aceptación de su nueva identidad y de reconciliación con la soledad junto a la que se desplazará por los mapas en los que elige perderse, Madrid, Valencia, Estados Unidos... Esta es la historia del viaje interminable de una mujer que pudo tenerlo todo y que se vio obligada a olvidar su pasado para convertirse en otra persona, con la que tuvo que aprender a convivir. Una mujer a la que la vida enseñó que en la huida el cobarde demuestra su valentía.

*Elena y Gemma, por ver mis sueños
cumplidos antes de que yo me atreviera a
soñarlos. Sigamos brindando, por si acaso.*

EL SONIDO DE UN TREN EN LA NOCHE

Laura Riñón Sirera

*«El hecho de que uno vague por el desierto no
quiere decir que
necesariamente haya una tierra prometida».*

La invención de la soledad, Paul Auster

Es inevitable, por muchos futuros que soñemos, siempre terminamos viviendo en el pasado. Los niños tienen miedo a la oscuridad de la noche. Y piden agua. Y lloran. Y ese miedo no desaparece, aunque consigamos apaciguarlo con un abrazo. Y también lloran cuando se sienten solos. Y los niños nunca envejecen. Nunca envejecemos porque viviremos en nuestra niñez el resto de nuestra vida, aunque el futuro sea lejano e impredecible. Inalcanzable para los menos valientes. El pasado, sin embargo, no termina de marcharse nunca, por eso nos pasamos la vida viviendo en él y por más que intentemos huir, siempre termina manejando los hilos de la realidad, aunque esta duela. Y es un dolor que nos paraliza, un nudo muscular que nos bloquea y que duele aún más cuando hundimos el dedo en él y, aunque aullamos de dolor, sentimos un alivio fugaz. El pasado es ese nudo. Duele, pero es un dolor que conocemos. Y conocerlo reconforta tanto como reconforta el olor del hogar en el que nos sentíamos a salvo, o el tacto de las sábanas limpias en los días de tormenta. Reconforta tanto como pasar las tardes de lluvia frente al calor de la chimenea.

A mi madre le gustaba preparar chocolate caliente en los días de lluvia, se pasaba la tarde encerrada en la cocina, llenando cazuelas de todos los tamaños. Yo siempre creí que lo hacía por nosotros, que no era más que un gesto de amor por sus hijos, pero no, en realidad lo hacía para espantar el recuerdo de su madre. Porque ella era su recuerdo doloroso de la infancia, y solo podía ahuyentarlo dejándose envolver por el aroma del chocolate caliente. Mamá y la abuela no se gustaban. La abuela tenía celos de mamá porque papá la prefería a ella. No entiendo cómo se puede tener celos de una hija, a lo mejor es más habitual de lo

que creo, pero como nunca fui madre no puedo opinar. Estuve a punto de serlo, hace muchos años me quedé embarazada. Pero nunca llegué a dar a luz. No creo que haya un dolor mayor al que se siente al palpar ese vacío. No hay cura ni consuelo que logren mitigar la ausencia de lo que podría haber sido, solo tiempo. Un tiempo lento y pesado, casi agonizante. A mí, además, también me salvaron las palabras. Ellas fueron mi consuelo y mi terapia por aquel entonces.

Escribir me ha salvado la vida en más de una ocasión. Todo el mundo debería escribir, y no para ser leído o criticado, sino más bien para poner palabras a los secretos más íntimos, esos que se acomodan en las entrañas de un pasado en el que nos pasamos la vida sobreviviendo. Y no me gusta escribir acerca de lo que no conozco, porque creo que mi mentira se podría intuir entre los párrafos y detesto mentir. Bueno, aborrecí la mentira hasta que no me quedó más remedio que aprender a hacerlo. Y esta es una de las pocas cosas de mi niñez a las que no podré regresar: a la verdad. Escribo acerca de lo que he vivido y de lo que conozco. Y, a partir de ahora, hablaré de los que estuvieron a mi lado, porque si algo he aprendido a lo largo de los años, es que la soledad se alimenta del vacío que dejan los que formaron parte de nuestra vida.

1

Clementina nació el primer día de otoño del año 1958.

Se acurrucó en el regazo de su madre y su llanto cesó de inmediato. A esa misma hora, en la Exposición Universal de Bruselas, una mujer, que lucía una hermosa esmeralda en el escote, hurgaba en su bolso de seda para sacar un trozo de pan y lanzárselo a una niña negra semidesnuda que la observaba con la mirada asustada a través de los barrotes. La niña había viajado en una jaula desde África junto a su familia para convertirse en el reclamo de la Exposición, nadie sabía su nombre. Clementina tenía la piel de papel, transparente y delicada, y estaba impregnada con el aroma de la pureza y de la vulnerabilidad. Sus labios eran gruesos y formaban un corazón perfecto en su boca, y un rosa pálido coloreaba sus mejillas. Bajo el gorro de lana asomaba una sedosa pelusa anaranjada, y escondía sus dedos dentro de unos puños que su madre no dejaba de acariciar. La niña negra mordisqueaba el mendrugo y paladeaba su artificial sabor con la sorpresa en su mirada, e ignoraba a la multitud de visitantes que la observaban con distinta sorpresa desde el otro lado de las rejas sin dejar de reír a carcajadas.

La suerte decide el lugar en el que nos toca nacer, y nuestro destino dependerá de si aceptamos esa suerte o si, por el contrario, nos arriesgamos a tomar nuestras propias decisiones para cambiar el curso natural por el que tenía que transcurrir la vida que nunca elegimos vivir.

Jaime daba vueltas en la habitación atestada de ramos de flores, cada cual más ostentoso y colorido, que no deja-

ban de llegar a la habitación. Al escuchar la risa de su mujer acercarse por el pasillo, se abalanzó sobre la puerta. El rostro de Lina se iluminó aún más al ver a su marido asomarse, le dedicó una mirada chispeante y asintió levemente. ¡Una niña!, exclamó entusiasmado, pero su sonrisa apenas duró un instante, necesitamos un nombre nuevo, dijo Lina en un suspiro. Las enfermeras cruzaron la mirada al ver la expresión del padre y se sonrieron. Dos días antes, entre contracción y contracción, Lina les habló de las discusiones que habían tenido acerca del nombre del bebé en caso de que fuera niña. Seis meses y otras tantas discusiones fueron necesarios para ponerse de acuerdo porque Jaime insistía en homenajear a su madre, fallecida un año atrás, bautizando a su primogénita con su nombre. Lina tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para rebatir su emotivo discurso y no parecer insensible. Pero cuando cogió en brazos a su hija y le vio la cara por primera vez, se dio cuenta de que su mujer tenía razón, necesitaban otro nombre. De acuerdo, encontraremos un nombre para ti, pequeña, suspiró con la voz llena de orgullo.

Al otro lado de la ventana, el cielo se tiñó de malva y se desplomó sobre los tejados de Madrid. La tarde estaba a punto de apagarse cuando un último rayo de sol se coló entre las cortinas, justo en el momento en el que Aurora irrumpió en la habitación sorteando a los visitantes, lanzó un saludo al aire y se abalanzó sobre la cuna. Su rostro se iluminó al ver a la recién nacida acurrucada entre las sábanas. Alargó su mano entre los barrotes para acariciar el mechón de pelo que asomaba por debajo de su gorrito blanco, y se giró hacia su hermana Lina, parece una clementina, dijo entre risas, ¿por qué tiene el pelo naranja? La habitación se quedó en silencio, todos los ojos se volvieron hacia Jaime, este buscó a su mujer con la mirada y ambos sonrieron, Clementina, dijeron al unísono.

La madre de Lina y Aurora observaba la escena desde la butaca colocada en un rincón bañado por la oscuridad.

Desde que se conocieron Jaime y Lina, esta siempre se había referido a su madre como la Rencorosa, y una diminuta arruga aparecía en su ceño cada vez que hablaba de ella. No entiendo por qué le gusta tanto sentarse en la oscuridad, murmuraba Lina cada vez que la encontraba sentada entre las sombras, parece un vampiro a la espera de que caiga la noche. Al escuchar los gritos de entusiasmo de su hija Aurora el cuerpo de la Rencorosa se tensó ligeramente y, con los brazos cruzados sobre su pecho, llenó el silencio con su voz grave haciéndose eco de su pregunta. Sí, ese color de pelo... es extraño, gruñó. Lina miró a su marido y este ni siquiera hizo ademán de girarse hacia su suegra, se acercó a la recién nacida y enredó el mechón anaranjado en su dedo: Mi abuelo paterno era irlandés, susurró, nunca lo conocí, aunque puede que tenga alguna foto suya en uno de mis álbumes familiares... Recuerdo que mi padre me habló de ello en cierta ocasión, tiene algo que ver con un gen raro, me contó que...

—Vale, vale —interrumpió su suegra—, tampoco son necesarias tantas explicaciones solo porque tenga el pelo naranja. Además, puede que ese color desaparezca en días. Quién sabe.

Lina habría hecho lo que fuera para que su madre no hubiera tenido razón, incluso bromeó con teñirle el pelo a su hija si este empezaba a cambiar de color, pero unas semanas más tarde su cabello empezó a clarear y se volvió del mismo tono rubio pajizo que lucía su padre. Aurora estaba convencida de que su sobrina había nacido pelirroja solo para escoger el nombre adecuado para ella.

El relato de sus primeros días de vida sería recordado cada año durante la celebración de su cumpleaños. Aurora se sentiría orgullosa por haber elegido el nombre de su sobrina y Jaime rechistaría por no haber podido ganar la batalla. Clementina se sentaría en las piernas de su padre, lo rodearía con sus brazos de porcelana y bromearía con él, intentaría persuadirlo de que Fernandina era un nombre de

señora mayor y él se derretiría al escucharla, y le daría la razón, y soplarían juntos las velas de la tarta de chocolate. Y esa fue la escena que se repitió a lo largo de los años, y habría seguido repitiéndose hasta que las arrugas hubieran poblado las miradas de los presentes si no hubiera sucedido lo que sucedió días antes de que Clementina cumpliera los dieciséis.

Las enfermeras y las monjas se acercaron hasta la puerta de la habitación. Formaron una fila a lo largo del pasillo y Jaime y Catalina, los Marqueses de Azahar, se despidieron de cada una de ellas. Lina le pidió a la madre superiora que, salvo la orquídea de color malva, llevaran el resto de los ramos y centros de flores a la capilla de la planta baja. Tan pronto puso un pie en la acera, Lina llenó sus pulmones del aire otoñal de Madrid. Alzó la mirada al cielo azul y apretó al bebé contra su pecho. Los dos fotógrafos que aguardaban junto al vehículo aparcado frente a la entrada apagaron sendos cigarrillos con la punta de sus zapatos y se irguieron. El chófer gruñó entre dientes al pasar junto a ellos y abrió la puerta trasera del vehículo. Los reporteros acariciaron el ala de sus sombreros y bajaron ligeramente la cabeza cuando los marqueses cruzaron la puerta. Enhorabuena, doña Catalina, dijo el mayor de los dos, nos alegra saber que tanto usted como su hija están bien. Lina le respondió con una sonrisa y una caída de ojos de la que ambos presumirían durante años. Don Jaime estaba al tanto de que aquellos eran los dos reporteros que habían estado haciendo guardia en la puerta del hospital durante toda la semana. Se acercó a saludarlos y les permitió tomar una fotografía de la recién nacida. Así que es niña, felicidades, señor marqués. Felicidades, señora. Gracias, gracias. Doña Catalina se sentó en el asiento trasero del vehículo, cubrió el rostro de Clementina con la solapa del abrigo y estiró el faldón bordado sobre su regazo antes de mirar al objetivo

de las cámaras y esbozar una sonrisa blanca y perfecta que borró cualquier rastro de cansancio de su rostro.

Despedidos entre los aplausos del personal del hospital y de algunos curiosos que cruzaron la calle al ver el revuelo formado por la salida de los marqueses, el coche emprendió su marcha y se perdió en el tráfico de la calle Velázquez. El mayor de los reporteros le propinó una colleja al joven, petrificado en medio de la acera con la mirada perdida en el horizonte, deja de soñar zagal, suspiró, en el mundo real no encontrarás una mujer como esa.

En el salón de la casa de los marqueses el eco del tintineo de los brindis en honor a la recién nacida se alargó durante casi tres meses. Lina presumía de hija y Jaime se hinchaba de orgullo cada vez que alguien piropeaba su belleza y buen carácter. Lina confesaba, no sin cierta sorpresa, que salvo el llanto que despertó a la recién nacida el día de su alumbramiento, esta no había vuelto a derramar una lágrima. No os alegréis tanto, gruñía la Rencorosa, que lo que no lllore siendo un bebé tendrá que llorarlo cuando se haga mayor. Gracias, madre, contestaba Lina con desdén, tu optimismo me desborda. Y las mejillas de la Rencorosa se encendían, pero evitaba enzarzarse en una discusión. Siempre que estuviera en casa de su hija, la batalla estaba perdida.

Los primeros meses en la vida de Clementina el aire de su hogar estaba cargado de paz y entusiasmo. Lina había pasado casi todo su embarazo decorando la habitación de la pequeña, la última del pasillo, pegada a su dormitorio. Escogió un papel blanco pintado con racimos de flores azules. Junto al moisés, regalo de la Rencorosa, estaba la butaca en la que *Mrs. Petty* pasaba las horas leyendo cuentos ingleses tradicionales. El aroma a talco y a flores frescas im-

pregnaba cada rincón de la habitación y la envolvía en una capa de calma y de silencio. En la quietud de la madrugada, Lina se acercaba sigilosa, asomaba la cabeza por la puerta y se quedaba embelesada observando los destellos de las alas de los ángeles de papel brillante que flotaban sobre el apacible sueño de su hija.

Los días de la pequeña se sucedían sin sobresalto, un guion que se representaba desde el alba hasta el anochecer. Mientras, ella cumplía días de vida ovillada entre sus sábanas blancas almidonadas, limitándose a arrugar los labios cada vez que tenía hambre y a contraer los músculos de la cara instantes antes de removerse en el pañal sucio. *Mrs. Petty* la colocaba sobre la cómoda y le cambiaba el pañal mientras tarareaba una nana en inglés o francés. Y cada vez que lo hacía, agradecía al tío Jack los dos paquetes de pañales desechables que este les había enviado desde Estados Unidos. La última novedad en su país. A usted le parecerá una exageración, doña Catalina, explicaba cada vez que la marquesa criticaba su entusiasmo, pero para alguien como yo, que me he pasado casi media vida lavando pañales, este invento es lo más parecido a un milagro.

La pequeña Aurora salía del colegio a toda prisa para pasarse a ver a su sobrina antes de acudir a su clase de piano. Se sentaba en la butaca de *Mrs. Petty* y alargaba los pocos minutos que tenía sin apartar la mirada del bebé. Lina y ella se llevaban muy bien, aunque, dada su diferencia de edad, su relación era muy distinta a la que tenían sus compañeras de clase con sus hermanas mayores. El padre de ambas murió cuando Aurora tenía tan solo tres años. Apenas se hablaba de ello en casa. Las niñas apretaban los dientes cuando les invadía la pena de su ausencia y su madre se limitaba a murmurar su resignación.

Durante los primeros meses de vida de Clementina, Lina se despertaba cada noche sobresaltada con el rostro de su

padre merodeando por sus sueños. Se concentraba en los días inolvidables que vivió a su lado, pero la escena del día en el que recibió la noticia de su repentino fallecimiento eclipsaba cualquier otro recuerdo. Sus pesadillas se convirtieron en un enigma oculto en su memoria del que no podría liberarse hasta que no fuera resuelto. Se visualizaba entrando en el despacho de la directora del internado y paseaba la mirada por el cielo plomizo que se veía a través de los enormes ventanales. Llevaba un vestido color verde esmeralda. Sus cuerdas vocales temblaban cada vez que intentaba hablar. *Hemos recibido un telegrama, la voz de la directora retumbaba en las paredes de su cabeza, se trata de su padre... Ha habido un accidente. Lo siento. Debes regresar a Madrid. Cuanto antes. Un avión. Tu madre.* Lina se desplomó en el suelo. La vida no siempre es justa, susurró la directora arrodillada junto a ella. No temas, todo irá bien. Catalina Amat abandonó Oxford aquella tarde y nunca regresó. «La vida no siempre es justa».

Durante el viaje de regreso a casa no dejó de pensar en la última conversación que había mantenido con su padre y escuchó su voz como un eco lejano: «Yo hablaré con tu madre y lo solucionaré. No te preocupes». Pero era incapaz de recordar por qué su padre dijo eso ni qué era lo que tenía que solucionar. ¿Realmente hablaría con su madre o volvería a dejarla al margen del asunto?

Cuando el coche paró frente al edificio, Lina alzó la mirada hacia los balcones de su casa. Durante una décima de segundo borró lo sucedido de su cabeza y vio a su padre apoyado en la barandilla de la terraza del salón, con la cara de satisfacción que se le ponía cada vez que encendía uno de sus habanos y agitando su mano en el aire. «La vida no siempre es justa». Nada más cruzar el umbral de la puerta se topó con una multitud de rostros grises y serios, y sintió una punzada de esperanza que se desvaneció de inmediato. Su padre, su aliado y confidente, no saldría a recibirla. No se abrazarían, ni él bromearía acerca de su nuevo peinado.

do. El regocijo que le provocó su leve recuerdo se evaporó cuando unos y otros empezaron a abrazarla y a sollozar palabras que no tenían sentido alguno para ella. Caminó entre la multitud con una sonrisa fingida de agradecimiento y, al llegar frente a su madre, sus rodillas se bloquearon y se quedó paralizada. La Rencorosa no se levantó de la butaca roja —en la que llevaba horas sentada—, levantó la mirada hacia Lina y sus ojos brillaron en la oscuridad. Su cuerpo había empequeñecido bajo el vestido de encaje negro, y la piel nívea de su cara era de un color cetrino apagado. Lina clavó los ojos en las manos de su madre. Tenía los dedos largos y finos y cuando gesticulaba un aura de elegancia se posaba sobre ella. Pero sus manos también habían desfallecido, y ahora parecían dos viejas ramas secas enredadas sobre su regazo. Madre e hija aguantaron la mirada durante la eternidad de un segundo y se abrazaron en silencio. Una tregua que ambas se concedieron para satisfacción del difunto. Envueltas la una en la otra, se despidieron de la única persona capaz de tejer la red que pudiera mantenerlas unidas.

Los días que siguieron al luto el silencio reinó en la casa. La tierra no dejó de temblar bajo los pies de Lina, y daba igual dónde estuviera porque la tierra volvía a sacudirse. Era imposible no caer en los agujeros que aparecían en el suelo, y cuando conseguía escapar tardaba poco en volver a caer. Solo podía dejar pasar los días abandonándose a la autoindulgencia y a la nostalgia. Los días se alargaron hasta que su vida, el internado y sus amigas, desapareció de su horizonte. Aurora la necesitaba ahora a su lado y Lina invertía grandes esfuerzos para que su hermana fuera feliz. Le contaba historias del padre al que apenas conoció, y magnificaba sus hazañas para que la pequeña le recordara como el héroe que había sido para ella. Inventaba relatos que arrastraban a Aurora por un mundo de fantasía que quiso creer real. Mariposas de colores y burbujas de jabón, estrellas fugaces y golondrinas bailando en el cielo... La vida